cado de la muerte en el paso de la Losa; y, segun los mismos que presenciaron el combate, habia sido principalmente la cruz del arzobispo de Toledo la que en los instantes de mayor peligro habia decidido en favor suyo la victoria. Esta cruz, dice el mismo arzobispo, pasó por todas las haces de los Moros sin ser nunca abatida ni herido ninguno de cuantos peleaban á su sombra; con esta cruz, dice el rey Alfonso, cortó Dios la cabeza á una gran muchedumbre de enemigos. Cuando se recorrió el campo despues de la batalla halláronse en la estacada del Emir, añade D. Rodrigo, muchos Moros muertos de grande estado y desmesurada estatura; y á pesar de ser tantos en número y estar todos desnudos y hechos pedazos, no se encontró en la tierra mancha de sangre, cosa que fué gran maravilla (1). Habia peleado manifiestamente Dios en la hueste cristiana, habia sido de esta la mejor espada y el mejor escudo; y debia naturalmente el vencedor rebosar de placer y oir con entusiasmo el canto pronunciado en alabanza y honra del Señor.

Era ademas esta batalla de inmensos resultados. Franqueaba á los reyes cristianos las puertas de Andalucía, hasta entonces abiertas solo momentáneamente por las discordias de los Arabes; preparaba las gloriosas campañas de S. Fernando, cuyas armas reflejó el Guadalquivir desde Segura hasta el Océano, y daba ya lugar á preveer los

(1) Erant autem Agareni, qui supra prædictum atrium inventi sunt, statura proceri, pinguedine dilatati... Et quod mirabili est dictu; licet jacerent in omnibus partibus corporis detruncati, et jam à pauperibus spoliati, in tanto campo nec signum sanguinis poterat inveniri. Quibus peractis, nostri gratiæ Dei terminum nolentes imponere, per omnes partes usque ad noctem eos infatigabiliter sunt secuti, et secundum existimationem creduntur circiter bis centum millia interfecta: De nostris autem vix defuere viginti quinque (Rod. Tolet., de Reb. Hisp., l. 8.°, c. 10). Estas últimas palabras nos dan lugar á decir algo sobre el número de Cristianos que murieron en la batalla. La opinion comun es que solo fueron veinte y cinco; mas ¿no seria facil colegir de las palabras del arzobispo que fueron veinte y cinco mil? Asi lo cree Romey, y asi quisiéramos poderlo creer nosotros; mas hay textos de autores tan dignos de fé como el mismo D. Rodrigo que evidentemente nos lo impiden. El rey D. Alfonso, en la carta que escribió al Papa refiriéndole esta batalla, no solo dijo terminantemente que fueron solo veinte y cinco los muertos, sino que aun cuando hubiera hablado sobre este punto con vaguedad, nos hubiera dado lugar á pensar lo mismo por las esclamaciones de admiracion y de alegria con que refirió esta noticia. Atribuyó el hecho á milagro, y no hubiera sido por cierto cosa milagrosa que hubiesen muerto veinte y cinco mil Cristianos. Hubiera sido aun asi ocho veces mayor el número de los infieles que perecieron; pero ¿qué hubiera tenido esto de particular, sabiendo como sabemos que quedó enteramente disperso el ejército enemigo, que se le siguió el alcance hasta la noche, y que no tenia ni la mitad de la caballeria que contaba el ejército cristiano? Por mas que repugne á la fria razon de los hombres de estos tiempos la notable desigualdad que se supone entre los muertos de uno y otro bando, preciso es confesar que no tenemos otras armas con que combatirla que las del escepticismo.

C.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

triunfos de los Reyes Católicos, á quienes cupo arrojar con su espada al último rey moro. Sierra-Morena estaba ya vencida y el reino de Andalucía sin murallas. Cayeron dos dias despues del combate en poder de los Cristianos los castillos de Bilches, Baños, Castro Ferral y Tolosa; y fueron desde luego estas fortalezas, enriscadas en las cumbres, el nido de las águilas que habian de apresar el Mediodia y desgarrar el rico manto de gloria de los últimos monarcas musulmanes. Estos castillos, que no pudieron recobrar los infieles, fueron contra estos una amenaza contínua: los Cristianos tuvieron desde entonces un pié puesto en esa tierra de Andalucía. En vano los combatieron dos meses despues de la batalla los walíes almohades de Jaen, Córdoba y Granada; en vano cercaron á Bilches y pelearon contra él dos dias con dos noches; en vano echaron el resto de su valor para la reconquista de sus fronteras; cayeron sobre ellos los Toledanos enviados por Alfonso á cargo de los hermanos Gonzalo y Martin Nuñez, y juntos con las compañías de Madrid y Huete, los derrotaron, se internaron tras ellos por el suelo de Jaen, y no volvieron á la Sierra hasta haber hecho sentir sobre el pais enemigo el peso de sus armas.

Y no fueron solo estos castillos los que ganaron los reyes despues del combate de las Navas. Pasaron de Bilches á Baeza, ciudad ya desamparada por los Arabes, cuya mezquita quemaron sin perdonar á los desgraciados que habian creido encontrar en ella un asilo contra los vencedores, se adelantaron hasta Úbeda, la sitiaron, la asaltaron, y aunque fueron al principio rechazados, mostraron tal valor y tuvo tal intrepidez un escudero del aragonés D. Lope de Luna, soldado que se atrevió á trepar hasta el adarve, que aturdidos los cercados, les ofrecieron pagarles un millon de doblas de oro si les dejaban en libertad la villa. No se dieron aun por satisfechos con esta capitulacion, á la que se opusieron en nombre del Papa los arzobispos de Toledo y Narbona; siguieron con sus asaltos, entraron por fuerza en la villa, la derribaron, la asolaron é hicieron cautivos á cuantos pudieron escapar de la lanza de los soldados. El ardor del ejército era grande y habria pasado sobre las ruinas de las mas poderosas ciudades á fin de menoscabar el reino de los infieles. Mas hubo causas graves que atajaron su conquista y le obligaron á retroceder hácia Castilla.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Capítulo noveno.

Importancia de la batalla de las Navas; descripcion del lugar en que fué dada; recuerdos; ligeras pinceladas sobre los pueblos de los alrededores de Tolosa.

De 1212 *á* 1213. Baeza y Úbeda permanecieron poco tiempo en poder de los Cristianos. Volvió Alfonso sobre aquella un año despues de la batalla: la combatió y la cercó; pero sin fruto. Se apoderó el hambre de su campamento, perdió gente y caballos, y tuvo que retroceder á largas jornadas á Toledo, donde les persiguió el azote obligándoles á alimentarse hasta con la carne de los muertos (1).

Las Navas de Tolosa fueron en Andalucía el verdadero teatro de las glorias de Alfonso; y no permitió Dios que el que acababa de allanar las murallas de un reino poderoso pudiese llevar al corazon del mismo la punta de su espada. Habia logrado el rey poner el pié sobre una monarquía que en momentos de peligro podia levantar aun ejércitos de quinientos mil combatientes; y era ya sobrada ventura para un hombre que pocos años antes apenas habia podido escapar con vida de la jornada de Alarcos. Otros reyes antecesores suyos habian alcanzado, al parecer, mas: habian hecho temblar ciudades importantes al relincho de sus caballos y al eco de sus clarines; habian con-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

(1) Los Anales primeros de Toledo esplican circunstanciadamente este hecho. «Esto fué en noviember, dicen, é duraron tres semanas de jadnero, sobre Baeza, é non la prisieron, é murieron y caballos, é mulos, é mulas, é asnos, é comieron las gientes, é despues murieron las gientes de fambre. E fué hora que costó el almud de la cebada LX soldos, é vínose la huest para Toledo, é duró la fambre en el regno fasta el verano, é murieron las mas de las gientes, é comieron las bestias, é los perros, é los gatos, é los mozos que podian furtar. Esto fué en Toledo, é andaban VIII almudes de trigo á...» Era MCCLII (1214). (Ann. Tol. 1. pág. 399 en Florez Esp. Sag. tomo 23.) Casi lo mismo dicen los Anales Toledanos terceros y el arzobispo D. Rodrigo en su libro de Rebus Hispanicis: «Este rey D. Alfonso fué á cercar Vaiecca, é tanta fué la fambre que los de la huest comien carnes á hombre no acostumbradas, é descercóla de consejo de los suyos.» (Anal. Toled. terceros, pág. 411.) «Et sic invaluit fames ibi, ut exercitus carnes humano generi insuetas edere cogerentur... Cumque diu Beatiæ obsidio traheretur, nec à patria victualia portarentur, omnibus fere fame deficientibus, suorum consilio rex nobilis, tregua cum arabibus reformata, rediit Calatravam.» (De Reb. hisp. l. 9. cap. 14.)

ducido sus estandartes coronados de laureles á los mas apartados límites de Andalucía; habian llegado á bañar en las aguas del Estrecho sus corceles de guerra; mas todas esas brillantes hazañas y todos esos hechos heróicos, que constituyen las mas poéticas páginas de nuestra historia, ni produjeron sino resultados pasageros, ni dieron lugar á otros hechos mas trascendentales, ni hicieron sino cubrir de una gloria hermosa pero estéril la frente de sus autores. Combatian aquellos monarcas en favor de los mismos Arabes; conquistaban cuando mas para sí plazas muy apartadas de su reino; y llegaban apenas á las fronteras de Castilla cuando habian ya perdido los escasos frutos producidos por la sangre de sus soldados. Alfonso con la batalla de las Navas no ganó sino algunos castillos enriscados en las cumbres de Sierra-Morena; mas estos castillos estaban en los confines de su reino y le era facil defenderlos; eran las puertas de hierro que le impedian pasar á Andalucía, y dueño de ellas, acababa de abrir para sí y para sus sucesores un camino tan lleno de peligros como de honra, que habia de conducir la Península á su unidad política, á su unidad civil, á su unidad religiosa. Fué la sombra de estos castillos la que protegió los primeros pasos de S. Fernando: fué el suelo sagrado donde se dió aquella batalla memorable, el que vió formados los grandiosos ejércitos con que aquel príncipe fué á fijar su estandarte en las torres almenadas de Córdoba y Sevilla. La batalla de las Navas libertó á la cristiandad de un gran peligro; pero hizo mas que libertarla: fué la salvacion de la cruz en lo presente y el triunfo de la cruz en lo futuro.

No sin razon celebra aun la Iglesia despues de seis siglos el aniversario de esta gran jornada (1); no sin razon al descender de las ásperas gargantas de Sierra-Morena busca el viajero con ojos inquietos el lugar en que hollaron los Cristianos el poder de los Almohades, y al fijar en él sus miradas, siente enardecida su frente y estremecidas sus carnes. Ve ante sí una llanura vasta, falta de árboles, casi desierta; al Norte el Puerto de Muradal, cordillera de peñas y de pizarras que se levanta sobre las demas sierras y parece un muro alzado por la mano de Dios entre Andalucía y Castilla; al Occidente cerros cubiertos de salvages arboledas y barrancos profundos que estan

(1) Lo celebra el dia 16 de julio con el título de Triunfo de la Cruz. La batalla tuvo lugar en el mismo dia del año 1212.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

sin cesar conmoviendo el espacio con el rumor de sus arroyos y el bramido de sus torrentes; un monte prolongado y no menos fragoso al Mediodia; y al Oriente cerros y quebradas que, algo parecidos á los del lado opuesto, hacen brotar cierta armonía del fondo del conjunto. Descubre aun sobre las cimas de estas alturas las ruinas de los castillos antiguos: las de los de Molosa y Tolosa en los cerros de Occidente, las del de Mogon en el monte que mira al Mediodia, las de los de Ferral y Peñaflor al borde de las quebradas del Oriente, las del de la Losa, sito en el puerto del mismo nombre. Todo va allí exaltando lentamente su imaginacion y trasladándole á los tiempos en que se dió la batalla. Los siglos han vinculado en la naturaleza misma los recuerdos de ese combate gigantesco; y al preguntar por el nombre de cada arroyo y de cada monte, no suenan en su oido sino palabras que van aumentando la ilusion y vivificando por momentos la llanura. El lugar por donde bajó el ejército á las Navas se llama hoy Puerto Real; el altozano en que sentó la corte sus reales lleva el nombre de Mesa de los tres Reyes; el arroyo que pasa por junto á Ferral, en cuyas aguas se reflejaron las armas de todos los Cruzados, es conocido por el arroyo del Rey.

Todo habla aun allí de aquella inmensa lucha: todo escita aun la fantasía del viajero, que conmovido tanto por la soledad del lugar como por los recuerdos, llega en un momento de entusiasmo á poblar de soldados la llanura, y cree ver todavía los cascos y las lanzas de los caballeros relumbrando como fuego heridos por los primeros rayos del sol de aquel sagrado dia. Siente por momentos enardecerse mas y mas su imaginacion; y ve flotar al aire las banderas de los concejos, los pendones de las mesnadas y los estandartes de los reyes; oye las voces de mando, el galopar de los caballos y los gritos de guerra; ve al otro lado á los Motawatynes puestos á la sombra de sus grandiosas enseñas, á los Almohades armados de todas armas, á los Negros formando un ancho circulo en torno del pabellon del Califa y á los Alárabes advenedizos, que tendidos sin orden por la llanura, dan al campo infiel el aspecto de un lago azotado por la lluvia; siente, al fin, el rumor de la pelea, el crujir de las armaduras, el caer de las lanzas y de las espadas, el relinchar de los caballos, el ay de los heridos, el trémulo sonido de la corneta, que dominando sobre todo el estruendo de la pelea, enciende de cólera los ojos de

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

los combatientes y retumba en los oidos de todos como el eco de la muerte y la venganza. Rompiéronse las lanzas; brillaron como el relámpago las espadas y los alfanges; y estos y aquellas rodaron á su vez hechos piezas por el campo. Mas está ya la llanura cubierta de cadáveres, recorre una cruz de hierro las filas de los Arabes, flota un pendon de la Vírgen (1) sobre los turbantes de los infieles, y crece el furor, y la matanza crece. Triunfó ya Dios, y huye aterrado el ejército musulman al brillo de las armas que corona la victoria.

Todo vuelve á estar en silencio; mas ¿ha cesado aun la ilusion del viajero que ha venido á meditar sobre lo pasado en esos lugares solitarios? El aire que gime lleva todavía á sus oidos los gemidos de los moribundos; y busca involuntariamente con ávidas miradas esa inmensa multitud de cadáveres que despues de la batalla impedian el paso de los mas briosos caballos de los vencedores, esa inmensa multitud de astas de lanzas y de saetas, cuya sola mitad bastó para alimentar por espacio de dos dias los fuegos de todo el ejército cristiano (2). Busca aun con inquietud dónde pudo estar el campamento moro, tan vasto que los Cruzados no pudieron ocupar de él mas que una pequeña parte; se esfuerza en descubrir la loma en que estuvo el Califa de pié sobre su escudo durante la batalla; pregunta por la altura en que fué espuesta la cruz á la vista del ejército, cuando ya los últimos rayos del sol iban palideciendo tristemente sobre las cumbres de los cerros. En estos llanos cada otero, cada piedra ha de tener su historia: y el que los visita con alma entusiasta, recorre con afan cada uno de los lugares en que estan vinculados los recuerdos. No le satisface ni la voz de la tradicion; y pretende al fin leer en su corazon y en su fantasía lo que no puede leer en la crónica ni re-

(1) «E en el pendon de la provincia de Toledo estava la imágen de la bendita é gloriosa Vírgen Sta. María, amparadora de España. E al golpe que llegó el pendon de la imágen de Sta. María, los Moros que fasta aquella hora estuvieron fuertes é recios, luego bolvieron las espaldas é començaron á fuir, é los Christianos firiendo é matando en ellos muy cruelmente de grandes feridas.» (Traduccion del libro de D. Rodrigo titulado de Rebus Hispanicis: manuscrito de Vilches. No está traducido en este manuscrito sino todo lo relativo á la campaña de las Navas.)

(2) «E el campo yacia tan lleno de los Moros muertos que non podiamos pasar por cima con muy buenos caballos que traiamos sobre los Moros sinon con gran peligro... E como quier que ome non podia facer esto que aqui diremos, maguer ello sea verdad, sabed que en aquellos dias que alli estovimos non quemamos otra leña en el real de los Moros sinon las astas de las lanças é de saetas que los Moros tenian é non acabamos la meatad dellas como quier que á sabiendas las quemávamos non aviéndolo menester.» (Idem.)

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

coger de los labios de los que viven en las asperezas de la Sierra.

Los pueblos de los alrededores, aun aquellos cuyas fortalezas fueron testigos de la batalla y vieron despues de ella caer sobre su frente las armas cristianas, estan casi mudos sobre esta lucha. Los castillos á cuyo alrededor crecieron no presentan ya sino algunos torreones medio derribados, roidos por las yerbas parásitas y cubiertos por el musgo; los hay que apenas se levantan de entre sus escombros; los hay cuyos muros medio caidos son hoy la cerca que defiende la morada de los muertos. Ni la pintoresca aldea de las Navas de Tolosa, sita en el mismo campo de batalla en torno de una loma por cuyas vertientes esparce su reducido caserío, ni el pueblo de Baños, que ocupa una de las faldas de Sierra-Morena y tiene á sus pies una hermosa vega regada por Rumbral, Rio-Grande y Pinto, guardan siquiera una huella de este acontecimiento. Solo Vilches, pueblo puesto en la cima de un monte al pié de un despeñadero, parece haber sido destinado á archivar tanta gloria; y son, sin embargo, escasos los recuerdos que en él quedan. Su castillo puede aun manifestar en sus viejos muros la fortaleza que en otros tiempos tuvo y traer á la memoria á los Arabes que lo defendieron y á los Cruzados que lo conquistaron; su escudo de armas lleva aun por timbre la cruz de campaña que precedió durante toda la jornada al arzobispo D. Rodrigo; su modesta Iglesia guarda todavía bajo sus bóvedas esa misma cruz de hierro á cuya asta está pegado un grande escudo con una mano que, al decir de la tradicion, iba moviéndose y señalando á los Cristianos el lugar donde debian cargar con toda la fuerza del ejército; mas no encontramos en él ni en toda la provincia un pendon de guerra, ni una lanza, ni una espada de las que empuñaron los esclarecidos capitanes é ilustres reyes que tomaron parte en la jornada.

Son muy modernos los pueblos vecinos á las Navas para que puedan conservar vestigios de edades tan remotas: los mas de ellos cuentan apenas un siglo de existencia. Sierra-Morena estaba desierta, y era ya desde mucho tiempo fortaleza de bandidos. A los temidos Golfines, que en el siglo XIII vivian en sus bosques, saltaban sus barrancos, corrian como corzos por sus cumbres y se dejaban caer sobre la llanura con el furor y la rapidez de los torrentes (1), habian sucedido

(1) E axi, com á homens que no saben altre fer vehent sen (los Golfins) á la fron-

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

hombres sin corazon, que no sabiendo buscar la libertad sino en el crímen, acechaban sin cesar al viajero ocultos tras las jaras y madroños, se arrojaban como fieras sobre él y le sepultaban tal vez para encubrir su delito en lo profundo de los abismos. Aventurábase dificilmente nadie á pasar la Sierra; y cuando alguno se atrevia, temia mas el puñal de esos foragidos que los espantosos precipicios que se abrian á cada paso bajo su planta y las fieras cuyos ahullidos hacian estremecer los bosques en que veía abierto su camino. Reinaba en todos esos montes el terror; y no se andaba por ellos sin creer ver ante sí la sombra de la muerte. Se perseguia á los bandidos, se seguian sin cesar sus pisadas; pero en vano. La roca no guarda huellas, y ellos desaparecian y reaparecian siempre mas bravios, siempre mas temibles. Estaban así cerradas en cierto modo las puertas de Andalucía, medio rotas las comunicaciones de esta con Castilla, paralizado el comercio de unas y otras provincias. Pensóse entonces en poblar esos lugares desiertos, apenas habitados mas que por algunos monges que desde el siglo XVI habian ido á buscar en ellos la paz del corazon y la salud del alma; creyóse que colonizándolos se apartaria de ellos el crimen mejor que con las armas; y se empezó á fundar, ya en las vertientes, ya en las mesetas de la Sierra, pueblos risueños y floridos que son hoy la tranquilidad del viajero y la gala de toda la comarca. Reinaba á la sazon Carlos III; y D. Pedro de Olavides, que concibió el primero este proyecto, infatigable y protegido eficazmente por el poderoso conde de Aranda, alcanzó de aquel rey que se pusiera en ejecucion tan acertada idea. Levantáronse las poblaciones que hay ahora desde Visillo hasta cerca de Bailen; y no tardaron en estar ocupadas por Italianos, por Alemanes, por Suizos, á quienes se aforó eximiéndoles de toda clase de tributos, aun del de sangre (1). Cobraron lue-

tera dels ports de Muradal qui son grans montanyes, é forts é grans boscatges, é marquen ab la terra dels serrayns é dels crestians, é quiscu passa lo cami qui va de Castella á Cordoba é á Sivilia axi aquelles gents prenen crestians é serrayns. E estan en aquells boscatges é aqui viuen é sont molt grans gents tant quel rey de Castella non pot venir á fi. (D'Esclot. cap. 79.) Eran estos Golfines una especie de Almogavares con la diferencia que estos solian ser Catalanes ó Aragoneses, y aquellos del interior de España. Eran, como estos, fieros, y tampoco temian meterse una ni dos jornadas tierra adentro del reino de los Arabes, con tal que pudiesen esperar un botin algo pingüe de su correria. Ellos, á quienes el arzobispo D. Rodrigo llama Almogavares, fueron los primeros que se apoderaron de la Axarquia de Córdoba en tiempo de S. Fernando. Eran un azote para los pueblos fronterizos enemigos, que nunca podian verse libres de sus sangrientas invasiones.

(1) Constituyeron en un principio estos pueblos una provincia aparte conocida con

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

go vida todas las faldas de la Sierra: plantáronse frondosas alamedas y vastos olivares, se abrió y se fecundó la tierra, que no tardó en aparecer cubierta de verdura. Fueron á poco vistosas campiñas las que eran sombrías soledades; veredas deleitosas y apacibles las que eran sendas llenas de peligros. Animó la industria el interior de los nuevos pueblos, y repitieron el rumor de los talleres los ecos de los montes, acostumbrados durante siglos á no repetir mas que ayes de víctimas inocentes, amenazas de bandidos y preces de humildes anacoretas. Fueron principalmente los Alemanes los que vinieron á estas colonias; y esos honrados hijos del Norte llevaron á ellas su actividad, su amor al trabajo. Sus nietos, cuyo origen revelan sus ojos azules y su blonda cabellera, conservan todavía las hermosas dotes de sus abuelos; pero no han heredado desgraciadamente la fortuna de estos, á quienes concedió el cielo elevar á mucha prosperidad los pueblos que guardan sus cenizas.

Estan ya en decadencia estas pequeñas poblaciones; pero no son por esto menos bellas. Presentan todas cierto aspecto risueño que las caracteriza; estan generalmente bien situadas, y apenas las hay que carezcan en sus alrededores de árboles y aguas. Reciben algunas sombra de altos y frescos álamos que adornan las márgenes de una corriente; ven otras crecer vistosas flores en las orillas de un arroyo. Es sobre todas notable la Carolina, ciudad que es aun reina de esta reducida comarca. Perdió ya los honores de capital que le dió su fundador; pero no los que le dió su bella posicion, su distribucion acertada, la regularidad y limpieza de sus calles, la solidez y magestad de sus escasos monumentos, lo pintoresco de sus paseos, desde cuyo centro se descubren muchos pueblos sitos ya en la llanura, ya en lo alto de los cerros. Está en la falda misma de la Sierra, en el estremo de una meseta que limitan al Norte las vertientes del rio de la Campana; crúzala en toda su longitud una calle ancha y despejada que presenta en cada una de sus estremidades un arco cimbrado entre dos pequeñas torres y en el centro una plaza elíptica rodeada de una doble galería; son todas sus casas iguales, bien proporcionadas y de agradable vista, espaciosas todas sus calles, bella y muy larga la ala-

el nombre de Nuevas Poblaciones de Sierra-Morena. La Carolina era la capital, y en ella vivia el intendente. Constaba de dos departamentos, cuya cabeza eran la Carolina y la Carlota. Hoy está distribuida entre las provincias de Jaen, Córdoba y Sevilla.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

meda que orilla á la salida de la ciudad el camino de Andalucía, grave su templo y su palacio, restos todos del antiguo convento de carmelitas que fundó S. Juan de la Cruz en la Sierra cuando estaba aun desierta. Ensancha su simple aspecto el corazon del que acaba de atravesar las tristes y silenciosas llanuras de la Mancha. La ve este risueña y bella; y por mas que el célebre mojon en que está grabada la cara de Dios (*) le haya indicado ya en lo alto de la Sierra el término de Castilla, y la vegetacion de que estan cubiertos hasta los riscos mas inaccesibles le haya manifestado que está pisando otro suelo, solo al entrar en ella, es facil que empiece á reconocer la tan decantada Andalucía, en busca de cuyas bellezas corre tal vez ansioso.

¿Puede, empero, tener esta ciudad tradiciones ni recuerdos? Sus habitantes saben que los umbrales de su iglesia han visto pasar muchas veces á S. Juan de la Cruz; pero ignoran que haya sido hollada la tierra en que viven por los héroes que hicieron estremecer los cimientos del imperio almohade.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Capítulo décimo.

Campañas de Fernando el Santo.

(*De* 1213 *á* 1244.) Los Almohades, despues de la batalla de las Navas, marcharon precipitadamente á su ruina. Su emir Mohamed bajó lleno de cólera á Sevilla; y atribuyendo su derrota á la cobardía de los caudillos andaluces, ejerció venganzas sangrientas que no tardaron en alumbrar el Mediodia de la Península con el fuego de nuevas guerras civiles. Depuso á unos gefes, encarceló á otros, mandó degollar á los mas; y como si con la sangre de estos hubiese logrado lavar su afrenta y reparar su caida, pasó tranquilo al Africa y se sumergió en placeres impuros, entre los cuales apuró al fin la copa de veneno que le deparó una esclava (1). Fué proclamado á su muerte

(*) Véase sobre la significacion de esta cara de Dios el capítulo sobre Jaen.

(1) Asi lo asegura Ben Abdelhalim, segun el cual, sobornada la esclava por los visires, brindó al desgraciado Califa con una copa de vino envenenado.